



CRITICA DE LIBROS INEXISTENTES

"YO FUI LIMPIABOTAS DEL FÜHRER"

Por Herman Reinermann

LA Historia la escriben también los pequeños partícipes en ella. Al lado de las memorias de grandes personajes, del relato de grandes acontecimientos, los sucesos menudos forman el entramado total del devenir histórico. Ahora, el que fuera limpiabotas de Adolfo Hitler publica, en estilo sencillo y directo, su relato acerca de los días que vivió junto al supremo árbitro de Alemania. Un tomo de setecientas páginas, con profusión de ilustraciones, describe muchos entresijos de la vida doméstica que son reveladores y que indudablemente tuvieron un peso inimaginable en el curso de la Historia. Así cuando Reinermann cuenta: «La mañana en que el mariscal Hoth partió hacia Stalingrado, limpié las botas del Führer de tal manera que vino Eva Braun a peinarse en ellas con un peine de oro y pedrería que le había regalado frau Goebbels. Al día siguiente, cuando el cuerpo de ejército de Hoth fracasó, vi las botas de parada de Hitler manchadas de barro, tiradas junto a su cama: Nadie sa-

bía que el Führer hubiera salido de la Cancillería...».

"Tenía unas botas el Führer —cuenta Reinermann en otro pasaje— de piel vuelta, de las que hay que engrasar con grasa del jabalí de los Cárpatos, pero él era profundamente alérgico a ese tipo de grasa, de manera que no podía utilizar las botas que eran tan cómodas. Solucioné el problema haciendo traer por la intendencia militar tocino de marrano de la montañera extremeña. Hitler, agradecido, me dio un pescozón cariñoso que todavía conservo y me dijo: 'Reinermann, tendremos que darte una condecoración'. Yo le respondí: 'Bastante tengo con servir a mi Führer'. Y él me sonrió".

Estas obras, aparentemente menores, llenan un lugar importante en el total panorama histórico. Un estilo sencillo y directo avalora aún más este libro que sirve a un fin de humanización de la Historia vista desde un nivel inferior que contribuye a su total comprensión.

E. PARDO PATAN



EL "SHOW" DE LOS PREMIOS LITERARIOS



3. EL EDITOR

Cuanto mayor es la cuantía del premio, más birlesco y ciquiribaile es el editor. Porque el editor suele ser un artista desilusionado en quien se ha

apagado la vocación de la imagen poética y se ha encendido la vocación de la usura. Vamos, que ha pasado, como quien no quiere la cosa, del arte de la elusión al arte de la sustracción. Y, aunque en su estética sea lírico, en sus principios es social-realista-pragmático-positivista. Una pieza de cuidado, una comadreja con rosetón en la solapa y un saltatumbas a la torera con un repertorio de frases hechas que no se iguala ni en las Juntas Generales de la Real Academia Española de la Lengua. Además es cristiano, de derechas o de izquierdas —según lo exija la ocasión—, con esposa enjoyada hasta los morros y la mar de aficionado al escándalo moralista. El editor es quien maneja el dramatismo del capitalismo intelectual, quien paga a los agentes provocadores para que acusen de plagio o incompetente al escritor laureado con tal de vender más ejemplares de la obra premiada, quien unta a la crítica para

que ésta, a su vez, dé fe de que nos encontramos ante el libro de un genio y quien, en definitiva, goza viendo cómo el público lector se traga sin volver grupas ni rechistar la hedionda mercancía impresa con amor.

4. EL FALLO

El fallo es un choteo en technicolor. En un local pompático, pavonado y bizantino se arroscas una buena noche toda la familia literaria, esa mafia que hace a dos caras exagerando el chisme y trasmutando elogio por elogio como quien lava. Allí se atropa y arremolina el Decamerón: los finalistas, que estrenan ternos mezcla de moaré y tisú; las musas, que resultan ser las queridas de los finalistas y hacen gala de una necedad perfumada a base de

jugo de bergamotas a granel; los críticos, para ver si todavía cae algo más; la radio, la prensa y la televisión al completo, con el único afán de ponerse como tontos de comer y de beber; el Jurado, con apariencia de preocupación y equidad en el rostro de cada uno de sus componentes, personajes no menos apocalípticos del mundo de las finanzas; la aristocracia, la alta burguesía y de la llamada cultura; cuarenta zorras que se cuelean para ver si salen en las fotos; el escritor premiado el último año, vestido esta vez de soplapitos bohemio; mucho culebrón, y el editor, con toda su prole y un catalejo de oro macizo —símbolo de los descubridores de imaginación y talento— en una mano. Entonces se falla el premio y se le da a quien todos sabían que se le iba a dar ocho meses antes.

JIMMY CORSO

